

Esta edición ha sido confeccionada antes de las doce de la noche.

## OBENTO

## EL ROBO

Aquella tarde, el padre, cazador furtivo que en el invierno vivía del mercado, dio a su hija Juana, rapaza de diez y seis años.

—¿A casa de Geoffroy y cogérselo lo que encuentras.

En el momento está siempre bien provisto.

Concluida la cena frugal, compuesta de los restos de un conejo robado el día antes por Luisa, otra de las hijas, Juana salió de la cocina y dirigióse al pueblo.

Todo dormía en la campaña. Y ella no temblaba más que de frío.

Estaba acostumbrada a correr aquellos peligros.

Era una muchachona alta y robusta, de tez curtida por el sol y el aire.

Llegó a casa de Geoffroy, separada de las demás del pueblo por un río y un prado. Saltó la tapia y ya en el corral dirigióse al gallinero.

La mano derecha por entre los barrotes de la puerta, descubrió el corral y la península. Reinaba la obscuridad más profunda.

Interrumpió ambas manos extendidas, y cogió en la obscuridad una gallina que, despertándose prisionera, encareó con estrepito.

Apretó el cuello, mientras los demás volátiles, inquietos, volaban de un rincón a otro. Y una vez reducida al silencio la gallinada, envolvióla en su delantal y trató de salir andando a tientas.

Pero, al volver al corral, una sombra apareció ante ella. Reconoció que era con la ayuda de un rayo de luna. ¡La había sorprendido el señor Geoffroy!

—¡Vámonos!—dijo éste con voz serdónica.—Por fin te cogí. ¿Cómo estabas de tierno el otro volátil que viniste a robar el mes pasado?

Reflexionando en el fondo de la conciencia, había comido admirablemente, bido un excelente vino de su cosecha y se encontraba de mejor humor. Sin embargo estaba decidido a hacer un escarmiento.

—Vámonos un poco—prosiguió—tu botella de hoy. ¿Cómo? ¿Otra gallina? Pero ¿qué diablos! ¿Por qué no has variado? Tengo también conejos y gusanos.

Juana, estremecida, dejó caer su caza y trató de escaparse; pero él cogióla por un brazo y le gritó, mirándola a la cara:

—Pero ¿cómo crees que esto se quedará así y que te irás como si tal cosa? ¿Estará bueno! Vas a seguirme y haremos una visita al cuartel de los gendarmes.

El cabo pondrá mal gesto cuando le despertemos, pero después cumplirá sus deberes, pues para eso le pagan.

—¡Perdón, señor!—imploró Juana.—¡Hay mucha miseria en mi casa! ¡Hoy no hemos comido.

—¿Cómo? ¿No has comido?

—No.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te daré de comer, y luego iremos a ver a los gendarmes.

Ella siguió temblando.

Siguieron al comedor, y él sirvió un plato de carne, pan, frutas secas y un vaso de vino.

Ella no se atrevía a tocar aquellos manjares.

Encontraba la aventura tan extraña, que le parecía estar soñando.

Al cabo decidióse a comer, temiendo irse.

El Sr. Geoffroy miró un momento.

—Yo sé lo que he comido. Y después todo, no hay razón para que tú no comas también.

—Sígueme. Te



